

## SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. Eusebio Martínez de Velasco.—Amor y amores (continuación), por Fernán Núñez.—Las Gradas de San Felipe, por D. Ricardo Sepúlveda.—Revista científico-industrial, por D. Ramón Arizón.—Paris-Madrid-Lisboa, por el Marqués de Prat de Nantouillet.—El África tropical española (conclusión), por D. Manuel Iradier.—Sueltos.—Anuncios.

GRABADOS.—Bellas Artes: *La Visita del tío rico*, cuadro de E. J. Boks.—Retrato del Excmo. Sr. D. Rafael Ariza y Espejo, doctor en Medicina y Cirugía, en Sagastiechea (Guipúzcoa), el 12 de Octubre último.—San Remo (Italia): Vista panorámica de la ciudad, actual residencia del Príncipe Imperial de Alemania.—El *Sud-Expres*: Interior de un vagón-restaurante; Modelo de vagón-restaurante; Modelo de vagón-ensima. (De fotografías.)—*El Rayo de luna*, dibujo de H. Estevan, inspirado en una leyenda de G. A. Bécquer.—Marruecos: S. M. I. el sultán Sidi Muley-Hassan recibiendo un despacho.—Tipos y costumbres de Ceilán: Recepción en una boda celebrada en la alta sociedad indígena.—Tipos y costumbres de Chile: Encierro de reses bravas. (De fotografía instantánea remitida por el señor García Valdivieso, de Valparaíso.)—Madrid: Estado actual de las obras para el edificio destinado a Biblioteca y Museos Nacionales, en el paseo de Recoletos. (Dibujo del natural, por Diaque.)—Estatua de *La Libertad iluminando al mundo* (anuncio ilustrado).

## CRÓNICA GENERAL.

SE agrava cada vez más la crisis de la República francesa. La derrota y dimisión del Ministerio presidido por Mr. Rouvier, que sólo pedía el aplazamiento de una interpelación acerca del asunto de las cruces, deja en descubierta al Jefe del Estado, tan cruelmente acometido por todas las enemistades y ambiciones. Todos estos sucesos, en vísperas de una conversión de la Deuda francesa, resultan aún más graves, y muy del gusto de aquellos que quieren extraer el bien del cúmulo de los males. Pocas veces han resultado hechos tan trascendentales de causas tan pequeñas: cuando la policía de París prestaba su auxilio para descubrir una estafa, no imaginaba que se hería a sí propia, a personajes elevados, a la familia del Presidente, al Ministerio, y tal vez a la República. ¿Qué pronto hubieran echado tierra al asunto si hubieran podido prever lo que encerraba aquel descubrimiento! Y no tenemos duda de que se hubiera hecho, si es verdad, como casi todo el mundo cree en Francia, que la policía ayudó al delito grave de la sustitución de documentos. Si es que tal hizo, ¿cómo dudar de que hubiera ahogado en su origen el proceso? ¿Cómo no sospechar que hayan cometido ciertos agentes, sostenidos o colocados a propósito, otros delitos cediendo a las mismas influencias?

Monárquicos y republicanos aprovechan estos sucesos: los primeros para tachar de inmoral a la República, y los segundos para deducir triunfalmente que una institución que persigue estos delitos, aun en la familia presidencial, es una institución moral y salvadora. Discurriendo neutralmente, unos y otros se equivocan: bajo todas las formas de gobierno se pueden producir esos escándalos, que dependen de la corrupción privada de los hombres; en una y otra forma resultan con frecuencia elevadas por su audacia y malas artes gentes de ruin naturaleza, que ponen más empeño en subir a lo alto que los hombres de bien, porque aquéllos tienen mayor interés y empujan con mayor energía, como que van en busca de botín. Bajo todas las formas de gobierno se castigan estos delitos cuando el azar los pone al descubierto. Y en toda clase de gobiernos se ahogan y encubren ciertas inmoralidades, si de ellas han de resultar escándalos que debiliten al Poder, porque todos los gobiernos tienen el instinto de la vida. Lo que sí puede asegurarse, y es una vulgaridad decirlo, es que la República no tiene en sí propia vinculada la virtud de la moralidad.

La complicación de la responsabilidad que se atribuye a Mr. Wilson en el asunto de las cruces con que ha crucificado a su suegro, ha producido tal emoción en los impresionables franceses, que si en vez de tribunal le hubiera de juzgar un plebiscito, acaso no tendría un solo voto absolutario en estos momentos, y la opinión general ejerce tal presión sobre el tribunal que ha de juzgarle, que si su buena suerte, ó su habilidad, ó su inocencia, no le deparan alguna prueba ó resorte, que, impresionando vivamente a los franceses, modifique la opinión, creemos que no hay en Francia jurado ni tribunal que le juzgue imparcialmente, y no le cause todo el daño posible, forzado por el clamoreo general y como satisfacción a los deseos universales.

¿Presentará Mr. Grey su dimisión? ¿Renunciará el puesto ante la sublevación pacífica de que está siendo víctima? Y si resiste, ¿no agravará la causa de su yerno? ¿No levantará en contra suya terribles tempestades? Pero ¡qué mayores pueden sobrevenir en Francia que la disputa del Poder vacante, en tales momentos y con tantas divisiones!

A todo esto el Czar y el Emperador de Alemania, que al parecer estaban completamente en pugna, se han hablado en Berlín. Y como los sucesos de Francia y la salud del príncipe Guillermo han alterado hondamente en pocos días las circunstancias que debían influir en hechos posteriores gravísimos, cabe dudar, por más que lo contrario se asegure, si se habrán modificado las relaciones entre uno y otro Estado.

En Londres se ha acudido en parte al sistema preventivo, prohibiendo una reproducción del último motín que se intentaba hacer en la plaza de Trafalgar; en sustancia era un desafío a puñetazos de los anarquistas y gente de trueno a la policía de Londres. Y francamente, esto de resolver a palos, coces y puñetadas los asuntos públicos, podrá ser motivo de apuestas y alarde de robustez, pero no es digno de una gran nación.

Una cuestión de carácter muy serio se ha suscitado entre Bulgaria y Servia, por haber preso el Gobierno de

aquel país y secuestrado los papeles del agente diplomático de Servia. Si a esto se añade la prohibición de entrar en Sofía los extranjeros, hay motivos para temer nuevos conflictos en esos intranquilos territorios.

Alemania está tristemente impresionada por el carácter de la enfermedad del príncipe Guillermo; los médicos no le han ocultado su opinión respecto de la naturaleza cancerosa del tumor de la laringe. Es triste, realmente, esa sentencia de muerte a un hombre joven, robusto, de magnífica presencia, a quien la suerte destinaba en breve plazo para ser emperador de Alemania, y condenado a morir lenta y dolorosamente, sin historia, sin socorro posible, sin esperanzas de remedio.

A cualquier otro hombre, nacido en modesta posición, le hubieran ocultado su desdicha, y se hubiera ido extinguendo, con el consuelo de las esperanzas y de los medicamentos.

Sin embargo, no todos los alemanes desconfían: hay muchos que dudan del acierto de los médicos; algunos que confían en los esfuerzos de una naturaleza poderosa, cuyo organismo lucha interiormente por la vida, acudiendo al peligro, ó sustituyendo con prodigios de defensa aquello que perece.

Nos interesa realmente la desgracia de aquel hombre magnífico que vimos a caballo, envuelto en su uniforme blanco, por las calles de Madrid.

La humilde isla del Perejil, situada a unas seis millas de Ceuta, islote estéril y de pocas aplicaciones, ha salido en estos días de su obscuridad, por el propósito que ha tenido el Gobierno de colocar en ella un faro que guíe a los buques en aquellas aguas. Los moros de Tánger parece que se alarmaron por aquella obra para ellos de utilidad tan inmediata. No recordaban, porque España no había utilizado nunca aquella peña, que es un fragmento de nuestros territorios africanos. Y como no se trata de colocar sino una luz para que todo el mundo vea claro, ¿en qué puede ofender esa luz a nuestros vecinos de Tánger? ¿Les hará daño a la vista? No vean por consiguiente nada obscuro, en lo que de justicia tiene tanta claridad. Cuando los ingleses echaron un cable a Tánger, como si quisieran remolcar hacia Londres aquella población, nada dijeron, porque al fin y al cabo aquello les convenía. Cierre aquí los ojos el que no quiera ver luz, pero deje que vean de noche en aquellas revueltas aguas los pescadores y marinos.

Pero estamos conformes con *La Epoca*: este asunto debe dilucidarse tranquila y amistosamente con los vecinos de África; el Sr. Ortega Munilla dice en un telegrama dirigido a *El Imparcial* que no se arrió la bandera española del islote sin conocimiento del representante de España. No ha habido, pues, ofensa, sino los preliminares de un litigio. Y en cuanto a pleito, éste es sin duda de menor cuantía.

La Comisión de festejos para celebrar el centenario de D. Alvaro de Bazán parece que ha acordado los que han de hacerse en Madrid para la conmemoración de la muerte de aquel marino insigne. Consisten éstos en honras fúnebres, en la traslación de sus restos desde el panteón de su familia al Museo Naval, una procesión histórica en que se luzcan algunos restos y trofeos gloriosos de aquella época, certámenes, una loa, y una sesión pública en que se distribuyan premios a los poetas laureados, se pronuncie por un orador ilustre, D. Alejandro Pidal, el elogio del gran marino, y se tributen otros recuerdos por medio de la poesía y de la música.

Se tomaron estos acuerdos en el hotel del presidente de la Comisión, Sr. De Gabriel y Ruiz de Apodaca, asistiendo los Sres. Vidart, Arrieta, Conde de Reparaz, Avilés, Lasso de la Vega, Moya, Auñón, Pastor y Landero, y Blanco.

El teatro Real de Madrid parece un cuartel de invalidos: el célebre y querido Uetam acaba de restablecerse, la Teatrini sigue enferma, y el famoso tenor Tamagno, detenido en casa por la torcedura de un pie. Esta desgracia no nos extraña en un cantante: acostumbrados a defender la garganta, no hacen caso de las demás partes del cuerpo que no tienen con ella directa relación. El Sr. Tamagno cuidará de no humedecerse los pies por no tomar una ronquera, no por sus pies, sino por el caño de oro que brota de su privilegiada laringe; y al experimentar el accidente que le detiene en el sillón, dirá entre sí con orgullo: «Si esto continuase y no pudiera salir, serían capaces los aficionados de traer sus butacas al borde de mi cama para oír las notas altas del himno del *Profeta*.»

En efecto, el registro alto del famoso tenor es uno de esos prodigios instrumentales que sólo concede Dios en cada siglo a una garganta única. El que pudiera montar en una de esas notas recorrería los espacios.

Los vecinos de la calle del Arenal y Carrera de San Jerónimo se oponen a la construcción de un tranvía que, después de culebrar por varias calles, debía atravesar las dos citadas, salir dando tumbos fuera de Madrid y terminar en un pueblo cercano. La unión a Madrid de éste, y si posible fuera, de todos los pueblos de la provincia, nos parece conveniente: ahora bien, lo de atrancar ciertas calles, ya estrechas para la circulación que tienen, merece estudiarse muy despacio; y con permiso de los autores del proyecto, que sin duda tendrán razones serias que no nos explicamos, las vueltas y revueltas de una parte de trayecto interior, más que para comodidad de los vecinos, parecen destinadas para hacer valsar por la población a las mulas del tranvía.

Según asegura un periódico oficioso, los tomadores del dos, que antes se ocupaban en robar relojes, se han dedi-

cado a robar las habitaciones, en vista de la persecución que sufrían por la policía de Madrid. No nos explicamos cómo la autoridad puede proteger todos los bolsillos de los chalecos más fácilmente que las casas. Hace tiempo, ocupándonos de las revoluciones de la industria, supusimos que el uso cada vez más general de relojes de escaso valor en sustitución de los antiguos de oro, muchos de ellos verdaderas joyas, obligaría a los rateros a cambiar de oficio, por no exponerse a ir a la cárcel por robar una máquina de coste insignificante, y esto, por lo visto, es lo que sucede. Los adelantos de la industria han influido en el oficio del ratero, obligándole a cambiar de profesión. ¡Cuántos padres ó hijos de familia habrán quedado sin trabajo!

En un grupo de caseros.  
—¿Conque dice usted que la isla del Perejil está deshabitada?...  
—Completamente.  
—¿Y como se oponen los moros a que la habitemos?  
—Hombre, estará desalquilada, pero no tendrá papeles.

Entre dos amantes.  
—Eres una falsa.  
—¿Y qué importa, si paso entre los hombres? Créelo: mientras no me gaste el tiempo, nadie conocerá en mi cara que no soy de buena ley.

—Chica, ¿quieres entregar a tu señorita este billete?  
La criada responde con inocencia:  
—¿Es de cuatro mil?

En un corro de escritores pobres.  
—Te digo que en Madrid se vive con muy poco.  
—Ya lo sé; y tú eres un ejemplo.  
—¿Por qué?  
—Porque tú vives con el producto de tu imaginación.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

## NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

*La Visita del tío rico*, cuadro de Boks.—*El Rayo de luna*, dibujo de H. Estevan.

¿Qué de obsequios, y lisonjas, y adulaciones al tío rico, y por añadidura, viejo! Dásele en la mesa el sitio de preferencia, el de honor; a su derecha está el jefe de la familia, que escancia en la copa del anciano el espumoso champagne; la linda sobrina, abandonando su puesto de comensal, apoyase con deliciosa gracia en el respaldo del sillón de su tío, y murmura al oído de éste palabras halagadoras, frases de suave ternura; la niña mayor, sentada al piano, ejecuta una dulce melodía de Schubert, mientras su hermanito presenta al tío rico, aunque de mal talante, porque la inocencia está reñida con las lisonjas, una caja de cigarrillos habanos.

Dos figuras más completan, con su distinta expresión, la familiar escena: la muchacha que, sentada a la mesa, contempla con desdén al grupo de aduladores, y el criado de impasible rostro y forma correcta que aparece en el fondo de la antecámara, portador del servicio de té.

Tal es el bello cuadro *La Visita del tío rico*, original de E. J. Boks, que reproducimos en el grabado de la plana primera.

El distinguido artista Hermenegildo Estevan ha dado forma gráfica, por medio de su discreto lápiz, a la preciosa leyenda *El Rayo de luna*, del insigne poeta Gustavo Adolfo Bécquer, en el dibujo que publicamos en la pág. 304.

Luna creciente ilumina con argentinos fulgores el bosque y los campos, la ciudad de viejos torreones y el sosegado río; una forma blanca, aérea, fantástica, surge de la enramada umbría; una barca se desliza suavemente por las aguas, y boga hacia horizontes de luz y aromas, de vida y poesía.

EXCMO. SR. DR. D. RAFAEL ARIZA Y ESPEJO.

El día 12 del mes pasado falleció en Sagastiechea (Guipúzcoa) el Excmo. Sr. D. Rafael Ariza y Espejo, doctor en Medicina y Cirugía, catedrático ilustre que fué de Sevilla, el primero que enseñó en España la Histología patológica, y profesor de fama universal y legítimamente adquirida, que ha dejado con su muerte (según respetable y leal opinión de alguno de sus compañeros) «un vacío tan grande en su especialidad médica, que todavía no hay quien le llene en Madrid.»

Nació el Sr. Ariza (cuyo retrato damos en la página 300) en Ecija, hijo de padres modestos, en 25 de Febrero en 1826; cursó sus estudios en las escuelas de Medicina de Sevilla y Cádiz, donde se distinguió por su aplicación y la brillantez de sus exámenes; fué médico de Hospital por oposición, y desempeñó en Sevilla las cátedras de Filosofía e Historia de la Medicina, y la de Histología y Anatomía patológica.

En Madrid explicó también cursos libres en el Museo Antropológico del Dr. Velasco y en el Instituto de Terapéutica operatoria, desempeñando los primeros cursos teóricos y prácticos que se han dado en Madrid sobre las enfermedades de la garganta y del oído, por lo que se le debe considerar como el fundador de estas especialidades entre nosotros.

Los escritos del Dr. Ariza son numerosos, revelando todos el talento profundo de su autor y la delicadeza de sus investigaciones; la reseña de ellos sería prolija en este sitio: juntos formarían dos tomos abultados que en los momentos actuales se dispone a dar a la luz pública el ilustradísimo Dr. Pulido.

Citaremos, no obstante, los principales: varias tesis sobre motivos de literatura médica, tituladas *La Teoría celular ante la noción de fuerza*, *El Método en Medicina*, *Concepto de la vida*, *Degeneración amiloidea del riñón*, y otros; muchos estudios acerca de las enfermedades de la laringe, y entre ellos los referentes a la *tuberculosis laringea*, que formarán solos un tomo de regulares dimensiones; otros referentes a las *diversas laringitis*, que constituyen un tomo; los que se ocupan del *cáncer laringeo* y otros tumores; los que tratan de las *parálisis laringeas*, que son variados é importantes, y los que estudian la *traqueotomía*; y con relación a las enfermedades del oído, ha dejado igualmente numerosos escritos, para formar otro libro.

El Dr. Ariza, hombre de vastísima ilustración y médico de tan merecida fama, era tenido en grande estima por los especialistas extranjeros, y acudían en demanda de su ciencia enfermos procedentes de otros países.

Era profesor del Instituto de Terapéutica operatoria y miem-